

Barthelemy Dotto, uno de los empleados en el palacio del papa, fué acometido de una fiebre lenta, cuyo resultado, en sentir de los médicos, debia ser la muerte. En efecto, llegó á tal extremo su consuncion, que parecía no habia ya esperanza alguna. Se le administraron los últimos sacramentos, y le velaba su familia para consolarlo y socorrerlo en su agonía. En estas circunstancias, uno de sus sobrinos que debia heredar su empleo, si su tío lo habia tenido el tiempo que en derecho era indispensable para que lo pudiera transmitir, fué á ver y suplicar á Felipe que se apiadase de su tío y de él. “Vuestro tío, le respondió el santo, triunfará de esta enfermedad, pero la otra que llegue á tener, se lo llevará al sepulcro. Respecto al empleo, nunca lo obtendreis.” Sanó en efecto Barthelemy, y no murió hasta despues de haber vivido otros cuatro años mas: pero como este tiempo aun no era el debido para que pudiera dejar á su sobrino el empleo que disfrutaba, fué dado á otro.

Asaltó á Olympia de Nigri, muger de Marco Antonio Vitelleschi, una fiebre maligna, cuyos síntomas llegaron á ser tan alarmantes, que los médicos desesperaron de salvarla. Uno de ellos, manifestó que en su larga práctica, no se le habian presentado mas que tres casos semejantes, y que todos ellos habian terminado con la muerte. Encontrábase allí Felipe, y les dijo: “La muerte de esta señora, seria ahora una grande pérdida

para su familia. Harémos violencia al Cielo, y nos la dejará.” Desde aquel momento se encontró mejor la enferma, y á pocos dias curó completamente. Podría aun añadir otros casos semejantes; pero prefiero pasar á otro género de predicciones.

Tenia Pedro Focili, una hija de cuatro años, y pedia á nuestro Señor con suma instancia le diese un hijo varon. Cayó enferma muy peligrosamente la niña, y él y su esposa corrieron á San Gerónimo á implorar de Felipe la curacion de aquel objeto de sus caricias. “Es mejor que se la deis á Dios, respondió el santo, supuesto que os la pide.” No les pareció bien esta respuesta, é insistieron, suplicando y llorando, que consiguiese del Cielo la conservacion de aquella hija querida. “Pues bien, repuso Felipe, una vez que así lo quereis, os lo concede nuestro Señor, y ademas, os dará tambien el hijo que le pedis, en castigo de vuestros deseos desarreglados que quieren acomodar la voluntad de Dios á la vuestra.” Sanó la niña, y á los dos años despues les nació un hijo, que fué el tormento de sus padres, por las continuas pesadumbres que les dió mientras vivieron.

Pablo de Petri, cuyo padre casi estaba reducido á la indigencia, no tuvo trabajo alguno en conseguir de él le permitiese entrar á la congregacion del Oratorio. Pero á poco tiempo ganó en el juego una suma considerable, y apesadumbrado

de estar sin su hijo, le persiguió de todas maneras para hacerlo volver á su lado. Fiel el jóven á su vocación, fué á ver al santo una tarde y le pidió permiso para pasar al Oratorio de Nápoles, en donde podría vivir tranquilo. Felipe se lo permitió y le dió su bendición; en seguida llamó al portero, y le dijo: “Mañana cuando vaya á salir Pedro, le direis, que no quiero que se vaya.” Recibió Pedro esta órden, y se sometió á ella con resignación; subió á ver al santo, y este le dijo: “He mudado de parecer; porque sé muy bien, que ya podreis vivir tan tranquilo en Roma, como en Nápoles.” En efecto, el padre de aquel jóven se habia arruinado nuevamente por los azares del juego, y ya no volvió á molestar á su hijo.

Fué un dia Felipe al monasterio de la Torre de Miradores, y le recibieron cuatro religiosas que le llevaron á la iglesia. En el camino dijo á una de ellas, llamada Sor Porcia: “¿Queréis que oremos un buen rato?”---“No puedo, respondió, no me lo permite mi empleo.”---“¿Y vos?” dijo á Sor Magdalena Anguillaria.”---“¡Ay! padre mio, respondió ella, yo soy una pobre que no sé tener oración ni hacer nada bueno.”---“¿Qué, repuso el santo, vos no sabeis hacer el bien, estando destinada á conducir y dar ejemplo á las demas? ¿vos no sabeis hacer oración, siendo así que un dia habeis de tener muy grande necesidad de ella; porque ¿qué puede sin la oración la superiora de una comunidad? ¿No conside-

rais que entonces tendreis ménos libertad que hoy para hablar con Dios, á causa de las muchas ocupaciones de vuestro empleo? Ahora que podeis, haced provision para el tiempo de necesidad.” A este discurso que anunciaba una cosa muy poco probable, las cuatro religiosas se pusieron á reir. “Ríos hermanas mias, les dijo el santo, ríos cuanto querais, y vos tambien, hermana Anguillaria; pero con toda y vuestra risa, acordaos de lo que acabo de predeciros.” La causa de que se rieran las religiosas, era la corta edad de Anguillaria, que apenas tenia veinte años, y no podia ser superiora hasta los sesenta. Pocos años antes que llegase á esta edad, fué nombrada otra tan robusta y tan sana, que parecía haría mentir la profecía de Felipe; pero ésta religiosa perdió la vista, y la hermana Anguillaria fué electa para sucederle.

Tomás Minervetti y Pedro Antonio Morelli, vinieron un dia á consultar al santo sobre su vocación, enviados por el padre Jesuita Bincio; Tomás queria ser sacerdote, y Pedro religioso. Dijo el santo al segundo: “Vos no sereis religioso,” y al primero “ni vos sacerdote.” Sin embargo, uno y otro insistieron en su designio; pero inutilmente. Tomás acabó por casarse, y Pedro que no pudo ser admitido en ninguna de las comunidades religiosas á que pretendió pertenecer, se ordenó de sacerdote.

Vino á Roma un virtuoso oficial llamado

Ottonelli, con objeto de fundar un convento de religiosas, en cuya empresa tropezó con multitud de dificultades. Un amigo suyo le llevó á ver al padre Felipe, para encomendar á sus oraciones aquel negocio, y luego que le vió venir desde léjos, el santo dijo en voz baja á los padres que estaban con él: “Ved, allí viene uno de vuestros compañeros.” Despues de saludarlo, le preguntó cuál era su profesion. Soldado, respondió Ottonelli. “Soldado por ahora, repuso Felipe, pero vos sereis sacerdote mas adelante.” Y diciendo esto le bendijo. “Pero, padre, le dijo el oficial, yo no puedo esperar esta gracia; porque tengo una muger y algunos hijos.”—“No importa, respondió el santo, esta prediccion se cumplirá.” Poco tiempo despues perdió á su muger y á sus hijos varones; las niñas que le quedaron, entraron á un convento, y él, impulsado por la divina gracia, recibió el sacerdocio.

En 1576, partieron para fundar en Milan una casa de la congregacion, cuatro sacerdotes hijos de Felipe. Hacia muy poco tiempo que se habian establecido, cuando el santo dijo á Tarugi, que les escribiese se volviesen cuanto ántes á Roma. Admirado éste de semejante orden, cuyo motivo le era desconocido, se tomó la libertad de hacer observar á su padre, que semejante providencia podria indisponer á los protectores de la obra. “Obedeced, replicó el santo, y no hagais caso de vuestro juicio.” Escribió en efecto, y

luego que aquellos padres recibieron su carta, salieron sin tardanza para Roma. Apenas se pusieron en camino, cuando se declaró la peste en Milán.

Pasó por Roma un clérigo secular, llamado Domingo Rudulsio, á quien sus superiores de Nápoles enviaban á Cremona, y durante su mansion en la capital del cristianismo, no faltó quien le hablase de la santidad del siervo de Dios, lo que despertó en él un vivo deseo de conocerlo. Fué, pues, á la iglesia del Oratorio, en donde se encontraba aquel, se le acercó y le saludó besándole la mano. “Id, padre mio, le dijo nuestro santo, id á donde la obediencia os llama, y trabajad con empeño en la salvacion de las almas. Con el tiempo os llamará Dios al obispado, para que podais hacerles mayores bienes. Yo os prevengo que os aguarda un grande peligro en el viaje que vais á hacer; pero gracias á la proteccion de la Santísima Virgen, saldreis de él bueno y sano, aunque sí os costará mucho trabajo.” El buen secerdote partió al dia siguiente para continuar su viaje, y pasaron algunas jornadas sin que le aconteciese ningun accidente. Pero la profecía de Felipe debia cumplirse en la Toscana. Al llegar nuestro viajero á la falda de los Alpes, arremetió su caballo, sin preveer el peligro, en una horrible ciénega, en que se hundió hasta el pescuezo. Sus compañeros le creyeron perdido, y lamentaban su desgracia; pero él, que no habia olvidado las palabras de nuestro santo,

imploró con confianza el socorro de la Santísima Virgen, y luego sintió desembarazarse sus brazos, y contra toda esperanza llegó á salir de aquel abismo, dejando en él su caballo; mas los aldeanos de aquel lugar, acudieron á socorrerle y lo sacaron haciéndole tirar por cuatro bueyes. Algunos años despues acabó de verificar Paulo V. la prediccion de nuestro santo, elevando á aquel sacerdote á la dignidad episcopal.

CAPITULO XXVIII.

Continuacion del mismo asunto.

UN dia que el cuarto de nuestro santo estaba lleno de jóvenes, salió fuera con Pedro Aldobrandini, y le dijo: “Id á decir á vuestros amigos las palabras siguientes: Me manda el padre Felipe, que os diga que he de llegar á ser cardenal, y que entónces no entrareis en mi ca-

sa como os dé la gana.” Este mandato lo hizo avergonzar y le pareció muy penoso; pero acostumbrado á obedecer en todo á nuestro santo, lo cumplió al pié de la letra. No tardó en cumplirse aquella profecía, porque á poco tiempo murió el papa Inocencio, y le sucedió el cardenal Hipolito Aldobrandini, quien hizo vestir la púrpura á su sobrino.

El general Aldobrandini, en una vez que visitó al santo, vió colgadas de la pared de su cuarto, dos pinturas en papel que representaban las insignias de los cardenales, y una calavera en medio de aquellas dos alegorías. Sospechó que en aquello se encerraba algun misterio, y rogó á Felipe se lo esplicase. Excusóse al principio; pero fueron tales las instancias del general, que al fin hubo de ceder, y le dijo riéndose: “Soy tan loco que se me ha puesto en la cabeza, que despues de mi muerte nuestra congregacion ha de dar á la Iglesia dos cardenales.” Verificóse esta profecía á los tres años de haber sido vaticinada; porque apenas habian transcurrido tres meses despues de la muerte del santo, cuando Tarugi y Baronio fueron condecorados con la púrpura cardinalicia. Felipe anunció á sus amigos este acontecimiento, como cosa cierta, mas de veinte años antes de que se verificase, y esto dió lugar á un incidente que merece referirse. Hablaba un dia de los talentos de Baronio, al padre Nerio de la compañía de Jesus, quien estaba al tanto